

LA VOZ DE TOTANA

ÓRGANO DE INTERESES LOCALES, CIENTÍFICO Y LITERARIO
SE PUBLICA LOS JUEVES

PRECIOS DE SUSCRICION

2 PESETAS TRIMESTRE

AÑO I.—MARTES 25 DE DICIEMBRE DE 1888.—NÚM. 37

Número suelto 15 céntimos

REDACCION Y ADMINISTRACION

MAYOR-TRIANA, 13

“LA ELECTRA.”

La mejor máquina para coser de cuantas se han construido y puesto en venta: produce hermosa y sólida puntada, y posee una completa colección de los más perfeccionados accesorios para todas las labores.

La casa de José Wertheim, ha tenido á bien nombrar su representante en esta localidad al conocido industrial Juan Antonio Gomez, donde el público que desee máquina tan privilegiada, puede pasar al establecimiento del citado Gomez, calle Mayor-Triana, esquina de San Anton, á elegir la clase que prefiera y ver las positivas ventajas que existen en estas máquinas á las demás conocidas.

Para que la adquisición de las referidas máquinas esté al alcance de todos, sin ninguna clase de sacrificios, pueden adquirirlas mediante el pago de 10 reales semanales, hasta extinguir el valor de ella; como tambien á plazos convencionales.

Rebaja pago al contado.

MAYOR-TRIANA—ESQUINAS DE SAN ANTON.

ALPARGATERIA

DE FRANCISCO PALLARÉS TUDELA

CALLE DE LA CÁRCEL, NÚMERO 6.

En este establecimiento, hallará el comprador toda clase de géneros concernientes al ramo de alpargatería, mas baratos que en los demás establecimientos.

A LOS EXPORTADORES DE NARANJA

En la imprenta de este periódico, se venden certificados para hacer constar la procedencia de la naranja.

SE VENDE

un huerto en el término de Mortí, dotado de aguas y con una buena casa.

Para tratar, dirigirse calle del Síndico, núm. 5. Totana.

EL VERDADERO PROGRESO

Nada extraño es que, en tiempos de confusión como los presentes, se trasgiversen las ideas, se cambien las palabras y que de aquí resulte la inexactitud, que siempre nos aleja de apreciaciones justas y precisas, tratándose, ya de personas, ya de cosas, ora de instituciones, ó bien del movimiento, siempre progresivo, que se nota en el seno de la sociedad en que vivimos. Algunos, equivocadamente han creído, ó suponiéndolo, han afectado creerlo, que la Iglesia Católica, ha pretendido oponerse, ó cuando menos ha reprobado, esa admirable actividad, empleada de algun tiempo á esta parte en el desarrollo material que absorbe la atención del mundo á que llamamos progreso. No es necesario mucho esfuerzo para vindicar á la Igle-

sia de tan gratuita proposición y poner de manifiesto, como piensa y como juzga en este punto, señalando como con el dedo, cual es el verdadero progreso. Progresar en su estricto y genuino sentido es ir adelante: es el acrecentamiento de todo lo noble, de todo lo bello, de todo lo útil, con tendencia al perfeccionamiento moral, científico y material: que no puede llamarse verdadero progreso aquel que se emancipa de alguno de estos extremos y no se coaduna con ellos en la labor constante y nobilísima, siempre fecunda en manifestaciones y hechos morales, científicos y materiales. Digna es de toda nuestra atención la conducta de la Iglesia Católica, que con su benéfica y civilizadora influencia, atenta siempre al precepto de su divino fundador—*Docete omnes gentes*—no ha perdonado medio ni sacrificio para llevar á cabo el verdadero progreso. Si consultamos la historia y con razón serena juzgamos los hechos que ésta nos acusa, veremos que á la Iglesia y sólo á ella se debe la civilización del mundo. Con dulzura y con amor, que fueron siempre sus armas, supo conquistar y atraer á los hombres, mejorando sus condiciones morales, esclareciendo sus luces intelectuales y con constancia desarrollando las ciencias y las artes. ¿Quién ignora la lucha

que viene sosteniendo desde su fundación, con los múltiples errores, que á semejanza del continuo oleaje del mar, se han levantado y sucedido en el seno mismo del cristianismo que á no haber sido combatidos con denuedo por la misma Iglesia hubiesen dado por resultado el más espantoso retroceso al oscurantismo? ¿Y cuantas veces, para salvar los fueros de la verdad ha ofrecido víctimas al martirio, con el doble fin de sacar á los hombres del estado de salvajes que tanto degrada y envilece? Esta labor bendecida por el cielo, que ha dado por resultado un avance extraordinario en sentido moral é intelectual, es en realidad verdadero progreso.

El progreso material, que no es otra cosa que una deducción del moral é intelectual, no está reprobado por la Iglesia: vemos por el contrario, que en sus libros litúrgicos, tiene bendiciones para las vías-férreas, para los vapores, para los hornos de gas y los hilos telegráficos; adelantos modernos que los Papas no esquivaron establecer en los estados pontificios antes del despojo que todos deploramos. La Iglesia mira en primer término á formar el corazón con leyes y preceptos morales de justicia y probidad; atiende en segundo lugar á dar la verdad como pasto á la inteligencia y en último término coloca lo que se relaciona con las comodidades materiales de la vida, y de este modo entiende y juzga lo que es en realidad el verdadero progreso.

(Se continuará.)

UN RECUERDO

Corrían los últimos días del mes de Agosto próximo pasado y me encontraba con mi familia en una de las más deliciosas playas de nuestro vecino Mediterráneo.

Las obligaciones de oficina por parte de los empleados, las de matrículas por parte de los estudiantes, las de la siembra por parte de los labradores, y en general, esa multitud de ocupaciones que viene sobre las familias veraneantes al finalizar la temporada, iban dejando el caserío del balneario silencioso y triste, como cualquier población en los primeros días de la cuaresma.

Tambien, y á mayor abundamiento de razones, las diversiones públicas, entre las que habíamos contado presíditation á cinco céntimos por hora,

oradores del gremio de dentistas ambulantes y panoramas con vistas de la Exposición universal de París y pasajes de la guerra de Africa, iban desapareciendo de allí para ir á ofrecer sus primores á otros climas y á otras playas.»

El aburrimiento más soberano iba cayendo sobre los que por suerte ó desgracia permanecíamos aún en sitio tan bello.

Yo pasaba casi todo el día metido en mi estrecha é incómoda habitación, y sólo allá, al atardecer, solía dar algunos paseos por la extensa playa.

Dado mi carácter retraído y apasionado por las bellezas naturales, en aquellos paseos tenia mis únicas complacencias.

Como se ensanchaba mi espíritu ante el gracioso espectáculo que ofrecían las olas viniendo altivas á romperse contra las quebradas rocas de la desigual orilla! Á su violento empuje las resistentes piedras se estremecían; y el agua, á su vez, botando y rebotando sobre la granítica resistencia, era convertida en irisadas perlas, que al ser suspendidas en el aire por leves instantes aparecían como ofreciéndose á la pasajera nocturna que empezaba á recorrer los primeros grados de su órbita celeste.

Una tarde, cuando más embebecido me encontraba contemplando uno de estos frecuentísimos fenómenos, sentí pasos á mi espalda y volviendo maquinalmente la cabeza vi á un gracioso rapazuelo que podría contar unos diez ú once años, que por su aire resuelto, sus animados ojos y su riante boca me recordó súbitamente al misterioso «Primavera» descrito con tan limpios colores por la enérgica pluma del Sr. Ferrari.

Llevaba debajo del brazo izquierdo una enorme guitarra: y la mano derecha la metía de vez en cuando en un bolsillo del pantalón de donde sacaba sin duda algunas frutas secas que se llevaba á la boca con verdadero placer.

Al pasar por mi lado me dió las buenas tarde y continuó su camino volviendo de vez en cuando la cabeza hácia donde yo quedaba.

Lo seguí con la vista algunos minutos al cabo de los cuales dejó el camino y fué á sentarse en una redonda piedra de la arenosa playa.

Tan pronto como se sentó dió un abrazo á su música compañera, rozó sus cuerdas y al compás de soñolientos sonidos entonó en el ritmo de la más sentida malagueña una armoniosa y popular cuarteta...

Absorto me dejó tan inesperado encuentro. El que así canta, me dije, posee un corazón hermano del mio. Acaso la mano de Dios, sabía en todas sus manifestaciones, privó á ese niño de toda fortuna para hacer más tristes sus cantos y por ende más dulces...

¡Ruisenor de Thassalia, trovador errabundo, encarnación del sentimiento, donde quiera te halles yo te saludo! Tu grato recuerdo no se borrará de mi memoria; y si no hago votos por tu prosperidad es por estar seguro de que con ella desaparecería la poesía de tus cantares.

A. OSETE.